

**SERGE LATOUCHE, *FAREWELL TO GROWTH*,
CAMBRIDGE, POLITY PRESS, 2009, 124 pp.**

*Fernando Tula Molina**

¿Tiene sentido que los langostinos escoceses viajen a Tailandia para ser pelados a mano, antes de volver a Escocia para ser servidos (o que lo mismo hagan los camarones dinamarqueses en un viaje ida y vuelta a Marruecos)? ¿Es justo que cada año se envíen al Tercer Mundo 150 millones de computadoras descartadas conteniendo metales tóxicos como mercurio, níquel, cadmio, arsénico y plomo, y que los países receptores incluso los paguen como material reciclable; “solo a Nigeria 500 barcos mensuales” (p. 19)? ¿Es sano que un país desarrollado como Francia haya consumido, “solo en 2005, 41 millones de cajas de antidepresivos” (p. 20)? ¿Es preocupante que la FAO haya anunciado que el actual ritmo de pesca conduce a la “extinción de todos los peces y moluscos para 2048” (p. 27)? ¿Es deseable que el segundo presupuesto mundial (¡luego del de armas!) sea para publicidad (“103 billones de euros en 2003 en Estados Unidos y 15 billones de euros en Francia” (p. 17), cifra casi equivalente al déficit del sistema de seguridad social francés en 2004)?

Estas preguntas tienen respuestas muy diferentes según la lógica de fondo que apliquemos. Si aplicamos la lógica de la OCDE resultará lógico mantener la tendencia actual hacia alimentos menos locales, menos estacionales y más baratos, exprimiendo al máximo las oportunidades del mundo global, la desprotección de innumerables sistemas naturales, y la fragilidad de otras tantas comunidades humanas. Si aplicamos la lógica del Foro Social Mundial se trata de una lamentable situación de sobreexplotación humana y natural que urge modificar... y no es imposible, ya que en realidad los productos de la agricultura orgánica estacional “son más caros porque se sigue subsidiando a la industria petrolera y agroquímica, y haciendo pagar a los consumidores” (p. 53).

* Universidad Nacional de Quilmes / Conicet. Correo electrónico: <ftulamolina@gmail.com>.

En su libro, Serge Latouche aborda estas preguntas con un enfoque que se convertirá en referencia de la vertiente *culturalista* de los objetores del crecimiento (o movimiento *decrecentista*), el cual es visto claramente como “un OVNI en el microcosmos del pensamiento político” (p. 7), en tanto “todo régimen moderno ha sido *productivista*, [...] sin importar que fuera liberal, comunista, dictatorial o democrático” (p. 32). Dentro del decrecimiento, esta vertiente es intermedia entre la versión anárquica (que considera deslegitimizada toda mediación política), y la vertiente institucionalista (que considera posible un republicanismo de buena fe que aplique eco-tasas no simbólicas). Su énfasis está puesto en la necesidad de una revolución cultural radical que reestablezca la política sobre nuevas bases. Esto requiere la hipótesis de que otro mundo es posible, sin lo cual “solo queda el gerenciamiento sobre los hombres y los recursos” (p. 32). El mundo actual es justamente este, el de la “megamáquina del marketing tecno-económico” (p. 3), la cual está claramente más allá de nuestro control.

El problema más grave es que lo que está en el foco del cuestionamiento es nuestro propio estilo de vida consumista basado en la lógica dramática del crecimiento sin fin. Está claro: tenemos dificultades para aceptar que debemos “disminuir nuestra tasa de producción y consumo” (p. 3); aún así, la obra de Latouche es un intento del sacarnos del sopor de la felicidad conforme de la publicidad. Para ello se plantea la obra en tres etapas: I. Tomar en cuenta de las implicancias, II. Ofrecer una alternativa a la insana sociedad de consumo, III. Clarificar cómo podemos concretarlas. Las esquematizo a continuación.

I. Las preguntas del inicio están destinadas a “descolonizar nuestro imaginario”, es decir, a “salir de la ilusión de que puede mantenerse nuestro estilo de vida” (p. 12) y reconocer la necesidad de aplicar el “imperativo de responsabilidad” (defendido por Hans Jonas). Esta posición, si bien a contrapelo de nuestro curso actual, tiene una tradición que se remonta a la década de 1960 con autores como A. Gorz, F. Partant, J. Ellull, B. Charbonneaux, C. Castoradis e I. Illich, y sostiene que la actual sociedad industrial es “causa de gran sufrimiento e injusticia”, por lo que resulta imprescindible la crítica al imaginario que la sustenta, sus instituciones, y sus prácticas; este es “el imaginario del progreso, la ciencia y la tecnología” (p. 13); la posibilidad de tecnologías limpias “no cambia en nada la lógica tóxica del desarrollo sin límites” (p. 10).

La sociedad de consumo es concebida por Latouche como estructurada sobre tres pilares: publicidad, crédito y obsolescencia planificada. Este triángulo es la base de una pirámide asimétrica con una élite altamente privilegiada en la cúspide del poder económico, y una base creciente de des-

perdicios, poblaciones empobrecidas y trabajos precarizados. Latouche es muy directo al concluir que estos tres elementos “llevan a las personas literalmente al crimen” (p. 73). El decrecimiento busca proporcionar una alternativa colectiva frente a esta situación basada en un sistema que se revela como megalómano, individualista, con una “búsqueda egoísta del confort y que rechaza la moral” (p. 35).

II. De lo que se trata es de sentar las bases de una política del posdesarrollo “con el objetivo de vivir mejor trabajando y produciendo menos” (p. 9). Desde el punto de vista colectivo, este cambio supone reconsiderar la desintegración de los lazos sociales a partir del consumo individual, la eficiencia industrial, y las actividades determinadas desde afuera (*heteronomía*); y supone hacerlo a la luz de proyectos autónomos de vida social con base territorial y valoración de la calidad artesanal. Al respecto, un énfasis propio de Latouche es su insistencia en que el cambio fundamental (y sin el cual el propio movimiento decrecentista estaría condenado al fracaso) es “un cambio axiológico y cultural”, un cambio de *actitud*; llamará a esta la “actitud del jardinero”, que aprecia la lentitud y “respeto tanto los ciclos naturales como los territorios locales” (p. 39). Se trata no tanto de “dar más, como de tomar menos” (p. 37). Reducir implica, en primer término, disminuir el impacto biosférico de nuestro actual sistema de producción y consumo (p. 38). Los países ricos generan “alrededor de 4 mil millones de toneladas de residuos cada año, y de un modo asimétrico (Estados Unidos: 750 kg anuales por casa, Francia: 350, Promedio Sur: 200)” (p. 38).

El punto de Latouche es que el cambio necesario es inviable sin “recuperar los valores de responsabilidad, equidad, solidaridad y la valoración de las diferencias” (p. 35); esto es necesario para que sean posibles prácticas sociales más cercanas a la *ética del juego* que a las prácticas egoicas e hipercompetivistas de la *ética del trabajo*. Es por este motivo que las clásicas 3R (recuperar, reutilizar y reciclar) resultan en sí mismas insuficientes. Para llevar a esta “sociedad de convivencia” (delineada en términos semejantes a los de I. Illich) serán necesarias ocho R: reevaluar, reconceptualizar, reestructurar, redistribuir, relocalizar, reducir, reutilizar, reciclar. Tal proceso es el que debe conducirnos hacia la sustentabilidad y la convivencia a través de un “círculo virtuoso de contracción serena” (p. 33).

Se trata, entonces, de rehuir del imperio de la velocidad, el cual en contra de la cultura y la salud consiguió, por ejemplo, abolir la siesta en España (en su ingreso a la UE), generando una enorme “violencia simbólica y contraproduktiva (Paquet, 2006)” (p. 55). Por otra parte, Latouche cita a Maris (2006) señalando que “el mercado no tiene límite en su imaginación” para comercializar bienes gratuitos (p. 36); ante esta situación, podemos pregun-

tarnos: plantear objetivos de convivencia en lugar de objetivos de crecimiento, ¿implica un retroceso o una retirada estratégica? El decrecimiento supone la construcción de otra economía, diferente de la economía de guerra (y de guerras) a la que nos conduce la necesidad de satisfacer (y lucrar con) la masificación del consumo exacerbado por la publicidad. El decrecimiento pretende alejarnos de los sacrificios que implica la actual tendencia antiecológica y belicista. Cada vez es más patente que el costo ecológico resulta muy superior al beneficio económico. El objetivo concreto es la disminución del 50% del consumo energético y el 30% de consumos totales en un intento de rescatar la “huella planetaria correcta”, es decir aquella que no exceda la capacidad de carga de los ecosistemas, las ciudades, “y las relaciones de convivencia” (p. 56).

III. A pesar de que Latouche no ve necesario formar un partido político (punto en que difiere con la versión *institucionalista* de V. Cheynet, candidato a elecciones legislativas de Francia en 2007), sí está claro que es necesario elaborar propuestas concretas, “aún cuando lo más importante sea la *autotransformación* profunda de las sociedades y sus ciudadanos” (p. 67). Tales propuestas coinciden con muchas recomendaciones del movimiento ecologista: disminución de consumo y energía, tasas sobre las maquinarias y el consumo, quita de tasas sobre el trabajo vivo; Latouche apoya también las medidas fiscales propuestas por ATTAC (Association for the Taxation of Financial Transaction to Aid Citizens, p. 72). Ahora bien, para que la equidad pueda alcanzarse por la vía política, los paraísos fiscales deben llegar a su fin, las emisiones de carbono y las actividades con riesgo contaminante debería ser gravadas, y debería “partirse de una moratoria sobre los incineradores y los megaemprendimientos” (p. 73). Frente a las disfuncionalidades ecológicas y sociales, el sistema impositivo debería “premiar las externalidades positivas y asegurar que las negativas sean pagadas por los agentes que las generan” (p. 74). La vía impositiva conduciría a que los agentes “tomen conciencia de los efectos sociales de las decisiones privadas” (p. 74).

Sea como fuere, el punto central es la “reducción y transformación cualitativa del trabajo” frente a la necesidad de otorgar a los ciudadanos más tiempo libre (no restringido de modo heterónimo) para que puedan quitar peso a la *ética del trabajo* y transitar/regresar a una *ética ligada al juego*, al arte, a la contemplación; en una palabra, a la vida privada. Al respecto, Latouche cita a G. Tarde (1980: 92) al decir que tal transición “es precondition de toda nueva forma de bienestar y prosperidad” (p. 82). Desde esta óptica el primer enemigo son nuestras propias prácticas de consumo-descarte, y el segundo nuestra falta de conciencia al respecto (¿quién piensa que al

beber 200 ml de agua envasada descarta 20 g de plástico?, ¿o el plástico y aluminio descartado luego de un breve yogurt?). No se trata de hacer sentir culpables a los consumidores, que en realidad son víctimas, se trata de volverlos “más responsables y conscientes de sus posibilidades” (p. 55).

Los efectos de la reducción del tiempo de trabajo se pueden agrupar en cuatro: pérdida de productividad por abandono del modelo termo-industrial, relocalización de las actividades productivas y freno a la explotación del sur, creación de trabajos verdes, y cambio en nuestro modo de vida y eliminación de necesidades superfluas (p. 79); pero es esta última la principal y más profunda: partir del cuestionamiento del sistema artificial de necesidades. En mi opinión, esta cuestión fundamental se encuentra mejor tratada por J. Holloway (*Agrietar el capitalismo*, 2011) que por Latouche, quien todavía se preocupa por marcar el “aumento de empleo” que pueden acarrear las actividades positivas (trabajos verdes). Este es un punto delicado: en la medida que hagamos del trabajo asalariado la principal fuente de nuestra subsistencia, caeremos en la concepción burguesa de la riqueza privada, y la “mega-máquina” se mantendrá intacta. Consciente sobre este punto, Holloway opone el *hacer concreto* al *trabajo asalariado*, obligándonos a ver que cualquier transformación radical supone cambiar la lógica de nuestro hacer cotidiano de modo que el consumo quede en un lugar secundario, una lógica antimerkantil basada en la dignidad, el respeto... y en gran medida, también, en la alegría vital. Esta posición, efectivamente, es radical (no solo difiere de Latouche, sino también de las prédicas de A. Gorz por una sociedad del tiempo liberado). Pero, en cualquier caso, los objetores del crecimiento también defienden la necesidad de un cambio radical.

Entonces la pregunta es ¿reforma o revolución? La posición de Latouche es clara: “revolución” en el sentido de C. Castoriadis, es decir, como la “modificación colectiva de instituciones centrales de nuestra sociedad “ (p. 65), una *reinstauración imaginaria* de la sociedad, un cambio cultural que está asociado “más con la ética de la responsabilidad que con la ética de la convicción” (p. 66). Este punto sí está bien resuelto por Latouche, al decir que el reformismo político no contradice el potencial revolucionario “siempre que los compromisos de la práctica no degeneren en compromisos intelectuales” (p. 66).

De modo general, este proceso de cambio puede ser visto como un proceso “de reconquista del tiempo personal” (p. 86), un tiempo que tiende hacia la lentitud, en la medida en que queda liberado de la carrera por el consumo. Al respecto, Latouche cita a D. Mathé (1977), “el tiempo no solo debe ser liberado del trabajo, sino de la economía”, punto que ya había sido señalado por Gorz: “sin la transformación estructural del trabajo, las clases

trabajadoras nunca tendrán el tiempo suficiente para dedicarse a actividades autónomas” (p. 85). Latouche agrega que enfrentar la necesidad de “dar sentido” al tiempo liberado requiere salirse de la concepción de la naturaleza inerte (tabulada por las coordenadas de Descartes), hacia un proceso de “reencantamiento de la naturaleza”, sin el cual, también los objetivos decrecentistas quedarían frustrados.

No se trata, entonces, de *abandonar* las instituciones sociales, sino de “reconfigurarlas bajo un nuevo sentido”, un cierto eco-socialismo, si entendemos por “socialismo”, al modo de Gorz (1994), como la “respuesta positiva a la desintegración de los lazos sociales”. Este proyecto enfrenta también el peligro del “eco-totalitarismo”, es decir el eco-negocio que justifica la restricción “sin ocuparse de la equidad”. Este punto ya había sido adelantado tanto por Gorz (1994) como Kempf (2007), quienes rechazaron la mercantilización de lo *limpio, público, humano, sustentable*, todavía “bajo la fantasía de que podemos continuar desarrollándonos de un modo alternativo” (pp. 88-89). Por este motivo, Latouche concluirá, coincidiendo una vez más con Castoriadis (2005), que lo central es integrar la problemática ecológica en un programa de *democracia radical*, frente a su apropiación por parte de una ideología neofacista. En cualquier caso, se trata de un cuestionamiento “de los valores y orientación de la sociedad actual” (p. 95), siendo el propósito final de Latouche el “influir en el debate hacia un cambio de actitud” (p. 96).

Para culminar, quisiera ilustrar la discusión haciendo referencia a un conjunto de movimientos actuales que, sin ser idénticos, también se constituyeron bajo un entendimiento diferente de la idea de progreso, de sociedad de convivencia, y de “buena vida”.

Urban Village Group (UVG): iniciado en Inglaterra en la década de 1980, se trató de un movimiento urbanístico que promovía la limitación del desarrollo a un nivel medio y una valoración del espacio público como espacio mixto de trabajo, esparcimiento y vivienda; ponía un fuerte énfasis en la “pedestización”.

Slow Food (<<http://www.slowfood.com>>): este movimiento, que sirvió de inspiración para el programa decrecentista, fue creado por C. Petrini en 1986 con el fin de preservar la identidad culinaria, la producción sustentable de alimentos y la promoción de pequeños negocios (el símbolo del movimiento es un caracol). Cuenta con 100.000 miembros en 150 países.

CittaSlow (<<http://www.cittaslow.org>>): iniciado en 1999 por P. Saturnini en Chianti, una pequeña ciudad de la Toscana, y que luego inspiró a otras para formar una “red de ciudades pequeñas” que han decidido autolimitar la población a no más de 50.000 habitantes (luego de lo cual

no parece haber posibilidad de llevar una vida urbana lenta); el objetivo consiste en reducir la velocidad del uso de los espacios públicos. En 2004, 14 países contaban con al menos una “ciudad pequeña”.

Transition Network (<<http://www.transitionnetwork.org>>): es una red de comunidades creada por Rob Hopkins en Irlanda bajo los principios de la permacultura. Su objetivo es inspirar, alentar, conectar, apoyar y entrenar a comunidades para que se autoorganicen bajo el modelo de transición, el cual procura recuperar la *resiliencia* y reducir las emisiones de carbono. A mediados de 2010 contaba con 400 comunidades conectadas.